

La biografía de Inguanzo redactada por Cuenca no es, además, en ningún momento ditirámica. El cardenal ha sido presentado con sus virtudes y sus defectos, y se ha analizado la influencia de unas y otros en sus diversas actuaciones como jerarca de la Iglesia y participante activo en la vida pública del país y como escritor y pensador.

Es lástima que varias erratas e inexactitudes, que una más cuidada comprobación de ciertos datos al elaborar y corregir el trabajo —quizá redactado un poco aprisa en su composición definitiva— hubiera fácilmente podido evitar, desmerezcan algo del tono general de la obra y de su fluido estilo literario, que hace muy fácil su lectura.

ALBERTO DE LA HERA

DEFOURNEAUX, Marcelin: *Pablo de Olavide ou l'afrancesado* (1725-1803), P. U. F., 1959.

Hay políticos de larga y activa vida pública, cuyas biografías pueden ser síntesis simbólicas y dinámicas de su tiempo. Olavide vivió setenta y ocho años. Fue Oidor de la Audiencia de Lima (donde había nacido), director-fundador del Real Hospicio de San Fernando en Madrid, «personero del común» en la capital de los Borbones y Asistente en Sevilla, Intendente de Andalucía, colonizador de Sierra Morena, y, finalmente, sujeto pasivo del último gran proceso de la Inquisición. Si a eso se añade que escribió un Plan de reforma universitaria y un «Informe sobre la ley agraria», creo que no es exagerado consierarlo como uno de los hombres que en su vida, a escala individual encierran la historia político-constitucional del siglo XVIII español.

Hay libros de biografía cuyo autor se muestra preocupado, sobre todo por situar al hombre dentro de su obra y de su tiempo. Así lo ha hecho Defourneaux. A veces la figura de Olavide se desdibuja, quizá, como en su última etapa en Francia, porque la documentación manejada es incompleta y discontinua. En otros momentos la formidable y ordenada erudición de Defourneaux no puede descifrar ciertos misterios psicológicos del peruano, por falta de fuentes; así su evolución íntima durante el proceso inquisitorial y tras éste. Pese a todo, al final del libro la personalidad de Olavide ha quedado reconstruida a través del análisis de sus obras. Es su realización, el producto de su vida la que nos cuenta magistralmente Defourneaux.

Para él Olavide es «el afrancesado», el ejemplo del hombre ilustrado por influencia o asimilación de la cultura francesa del XVIII. ¿Hubiera sido más acertado llamarlo «el reformista»? Creo que sí. El término «afrancesado» acabó por ser dirigido preferentemente a los «afrancesados políticos», esto es, a los ilustrados (o afrancesados culturalmente)

que se vincularon políticamente a la suerte de José I. (En este sentido cfr. el libro de Artola y las últimas páginas del de Demerson que aquí mismo comento). Olavide no tuvo ocasión de definirse políticamente en la agitada encrucijada de 1808. En su personalidad de hombre emprendedor y activo, la idea siente necesidad de transformarse en acción. Es racionalista, crítico; conoció personalmente a Voltaire, de quien fue huésped durante unos días; sentía la necesidad de mejorar las instituciones y costumbres de su país; en suma, la faceta reformista de la Ilustración se ve en él tan clara como en Campomanes, Aranda o Jovellanos, aunque tal vez a escala algo menor. Fue un segundón dentro del reformismo de la Administración de Carlos III. Por serlo fue utilizado por Aranda para ensayos de instituciones benéficas (Hospicio de San Fernando), y para desempeñar puestos de la administración municipal recién creados; o para una empresa mucho más compleja y ambiciosa como la de las Nuevas Poblaciones de Sierra Morena. Y también por su figura de menor rango político que la de Aranda o Campomanes se atrevió la Inquisición a abrirle (a él, no a aquéllos de quien era hechura) un famoso proceso.

La actuación de Olavide como personero del común en Madrid y como Asistente en Sevilla, da pie a Defourneaux para mostrar el sentido de la reforma municipal de 1766, así como para esbozar una descripción de los vicios de la Administración local sevillana y de la fuerza que dentro de ella tenían los gremios —como en Madrid—, las familias componentes de la oligarquía concejil (los «veintiquatro» eran en febrero de 1768 más de setenta y cinco), y las Cofradías. La gestión municipal de Olavide no constituyó un éxito. En gran parte fue derrotado por la oligarquía sevillana. (En algunos lugares —por ejemplo en la pág. 106, nota 5— hay interesantes indicaciones sobre los Asistentes.)

Ocasionalmente ligado con el problema del destino a dar a los bienes de los jesuitas recientemente expulsados, escribe Olavide un amplio «Plan de estudios» universitarios. (El Ms. se halla en el Archivo capitular de la Catedral de Sevilla. Defourneaux anuncia en pág. 113, nota 1, que va a ser publicado por el profesor Juan de Mata Carriazo.) En él Olavide censura el escolasticismo y el espíritu partidista como los males fundamentales de la Universidad. Los remedios principales que él propone son: 1. El monopolio de la enseñanza superior en favor de los establecimientos instituidos o aprobados por el Estado. 2. Autonomía interna de cada Universidad. 3. Reorganización de los puestos rectores. 4. Exclusión de los pobres (quienes si conocen «el gusto por la cultura» abandonarán sus más penosos, pero más útiles trabajos). 5. Exclusión de los religiosos. 6. Renovación de planes de estudios y de «Manuales» para la docencia.

El teórico «Informe...» de Olavide sobre la ley agraria es poco original. Su valor reside en atreverse a defender una cierta intervención estatal para la limitación de la cuantía de la renta y de la duración de los arren-

damientos rústicos; intervención poco conciliable con el liberalismo teórico puro del resto del «Informe...», mucho más coherentemente defendido en otros «Informes...» (por ejemplo, en el algo más tardío de Jovellanos). Defourneaux interpreta muy agudamente el disfraz de que fue objeto el «Informe...» de Olavide al ser presentado como propio por José Cécilia Coello en 1777 a la Sociedad Económica de Amigos del País de Madrid. A Defourneaux le resulta asombroso que ni Leonhardt, ni Joaquín Costa, que manejaron ambas obras, advirtieran su identidad. Es cierto. No obstante conviene notar que Costa, en su «Colectivismo...», pág. 175, escribió ya que «el espíritu de su doctrina —la de Cécilia— y aun gran parte del detalle coinciden con los de los aludidos Expedientes...»; entre estos «Expedientes» se hallaba el resumen del «Informe...» de Olavide.

La más importante labor llevada a cabo por él fue la colonización de Sierra Morena, donde tuvo más de una ocasión de poner en práctica sus ideas de reforma agraria. Esta empresa ya es conocida. A la documentación manejada por otros historiadores, especialmente por el profesor Cayetano Alcázar, Defourneaux ha añadido otro fondo «excepcionalmente abundante», integrado por los papeles confiscados en casa de Olavide cuando su detención por la Inquisición en 1776. No es pertinente resumir aquí los avatares, errores, resistencias pasivas y activas, altibajos, triunfos y fracasos de la empresa colonizadora.

El que sufrió Olavide es el último gran proceso de la Inquisición. Destacan en él la calidad del acusado y el carácter simbólico que tuvo a ojos de todos; como escribió después Godoy, la Inquisición con Olavide «quiso hacer un escarmiento». De ahí su extraordinaria repercusión en Europa, que tan bien ha estudiado Defourneaux. Se advierten en el proceso interesantes contrastes; el frío rigor, la injusta desigualdad estructural del procedimiento inquisitorio contrasta con la personalidad compasiva y proclive a la indulgencia del Inquisidor General; sorprende también cierta contraposición entre la dureza de la sentencia y del «Autillo» semipúblico, con la atenuación casi inmediata en la ejecución de aquélla. Contradicciones así, ¿no suelen anunciar la cercana agonía de una institución? ¿No hay en la última etapa de la evolución de cualquier institución fundamental una tensión apenas oculta entre fuerzas ultraconservadoras de su tradicional esencia, y ciertos impulsos reformistas que con sus tardíos intentos de «actualización» quieren evitar la definitiva desaparición de la institución?

El excelente libro de Defourneaux es la obra madura de un historiador que sabe hacer uso cabal de su enorme erudición.

FRANCISCO TOMAS VALIENTE